

ESTAMPAS DE VEJECIA de Fernando Villena

ENRIQUE MORÓN

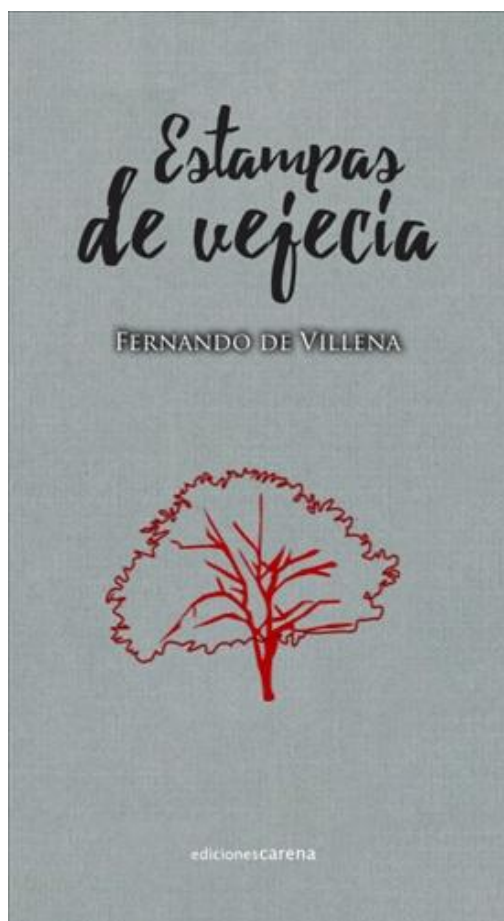
La poesía de Fernando de Villena se caracteriza, en su ya larga trayectoria y decenas de títulos, por su variedad de temas y registros. Mas todos ellos se condensan en la gran humanidad que destila su verbo, a veces melancólico, otras severamente crítico, cuando no preocupado por el devenir de la Humanidad o su sincero desasosiego ante el estado de los menesterosos. Tales preocupaciones hacen de él, parafraseando a Machado, *un hombre en el buen sentido de la palabra bueno*, que lucha contra la corrupción y el arribismo, pues su lírica está en pura consonancia con su persona.

Ya he escrito sobre su poemario anterior: *Morir por mi demanda*, tan bellamente editado por Ángel Moyano en su colección Port-Royal. En dicho libro la temática era unitaria: el poema religioso, y es en su colofón “Poema de un día” en donde el autor da gracias a Dios por la mejora de María Teresa que había caído enferma.

Pues bien, este nuevo título, *Estampas de vejecia*, no es que difiera de su poesía anterior, pues todo gran poeta, y Fernando lo es, tiene su propia voz y personalidad que es en definitiva lo que impone su propio estilo. Entre cien poesías podemos distinguir una creación suya sin demasiado esfuerzo. Esto quiere decir que se aleja de aquellos poetas clónicos que siembran el panorama nacional con el mismo discurso. Llevo muchos años leyendo sus textos y siempre me ha sorprendido, como dije, por la variedad de temas y registros y por su exquisito lenguaje, siempre bello, pleno y elocuente.

El libro del que nos ocupamos consta de dos partes: *Serenidad* y *Estampas de vejecia*. Pues bien, aunque respete dichas porciones, que yo creo cronológicas, mi intención es dividir el libro, como quien ordena una baraja en sus diversas partes, para hacer más comprensible el acto de su lectura. Estas son:

1. EL PAISAJE. Siempre está nuestro querido Fernando inmerso en él. Hasta tal punto que no podríamos reconocer su poesía sin este marco,



tanto en sus viajes por el mundo, como en su tierra, que es ahora el caso en cuestión.

Podríamos subdividir esa mirada impresionista en distintos apartados. En primer lugar, Almuñécar. Esta ciudad de la costa granadina supone para él recuerdos de su infancia, amores de juventud y la serenidad de la vejez.

*Regresas siempre a un mar
que es el caldero azul colosal del tiempo
donde el ayer se funde con el hoy
y ambos con el mañana
y todo en armonía inexplicable.*

Es curioso como nuestro poeta, tan puramente granadino, es decir, de tierra adentro, hace del mar devoción y dicha ante la inmensidad del horizonte siempre igual y siempre tan distinto y poderoso.

*Y llegas a este hoy
igualmente rotundo
con un sabio y dichoso vencimiento
pues ya no se te oculta
que siempre pierde el río su pulso con el mar.*

Pensemos que al mar Mediterráneo ha dedicado nuestro autor la serie de poemas más bellos y rotundos de la poesía española contemporánea.

Pero su mirada paisajística no se agota en el mar. Su visión es tan expansiva que por igual dedica elogios tierra adentro. La Alpujarra es otra de sus debilidades paisajísticas: sus montes altos, sus cerros escondidos cual si fueran una amena reunión de palomas, sus profundos barrancos... Fernando pasa parte del verano a Bubión, en pleno Barranco de Poqueira, junto a castaños, nogales, chopos o almeces que hacen de aquellos parajes un lugar paradisíaco junto a la sencillez de sus gentes.

*Allá paze un rebaño
cerca de un caserío donde el humo
de alguna chimenea
nos evoca otra vida más sencilla.*

Y cómo no, al paisaje de Granada dedica cálidas pinceladas junto a amenos recuerdos de su niñez:

*El domingo empezaba jubiloso:
desayuno con churros,*

*misa en la Catedral
y compra de tebeos.*

2. HOMENAJES. Es Fernando de Villena un gran cultivador de la poesía clásica; yo creo que es en el medio donde mejor se encuentra. En este libro hay, intercalados, muchos sonetos con una temática dispersa, pero los que más me llaman la atención son sus homenajes a poetas vivos, como Julio Alfredo Egea o Rosaura Álvarez; como a poetas que fallecieron recientemente, como Domingo F. Faílde, Villar Raso o Gregorio Morales. Es a este último, gran amigo de Fernando, a quien dedica estas palabras –único homenaje que no está conformado en sonetos:

*Descansa ahora de tu ardiente lucha
y prepara la fiesta de nuestro encuentro.
La eternidad es larga y nuestra.*

Quiero introducir aquí, en estos homenajes, a una criatura que si no es humana, posee una bondad que ya quisieran muchos hombres. Me refiero a su perro Pluto, al que rescató María Teresa de la calle:

*Con los méritos esos
y otros que por modestia los esconde,
ha entrado en mi familia como un conde.*

3. REFLEXIONES POLÍTICAS Y SOCIALES. Ya he hablado anteriormente de su carácter humano y al mismo tiempo inconformista. Estos temas forman una porción extensa en su poesía. Todos conocemos al Fernando valiente y decidido que no se arredra, al Fernando que se rebela contra la injusticia, la vulgar rapiña y la mediocridad. Su valentía le lleva a señalar con el dedo a los corruptos, a los necios y a los “listillos”, tanto en el terreno político, social o literario. Él ha escrito estas denuncias en los periódicos, que a veces le han censurado o silenciado. O en las redes sociales. Personas tan honestas y auténticas es difícil encontrar y, por supuesto, me siento orgulloso de ser su amigo. En los poemas que titula “España I” y “España II” en la primera parte y “España III” en la segunda, tenemos un ejemplo de tales inquietudes:

*Duele mucho este bronco país nuestro
a quienes somos lúcidos
y vemos el engaño entronizado
bajo cualquier gobierno,
premiados los mediocres
y celebrada toda grosería.*

4. SENECTUD. Y finalmente otra preocupación en sus últimos libros es la vejez. Inquietud que todavía no está en consonancia con su edad; pero él la siente con intensidad en sus profundas reflexiones. Yo pienso que estos desasosiegos vienen a raíz de una profunda crisis que tuvo hace unos años. Dichos problemas, en parte, te dejan marcado, pero no obstante su inquietud por el paso del tiempo hoy es más serena que la de antaño. Con su jubilación pudiéramos decir que le ha llegado la liberación; y estos temas sobre el inevitable paso de los años son más frecuentes:

*No de otra suerte yo
braceo ya sin fuerzas
en el gran torbellino de mis años.*

Pero el poeta por fin supera esos estados de ánimo y finalmente lo vemos con esa serenidad por todos deseada. Es el sosiego de quien ha cumplido, y espera el devenir de los días libre de recelos y tormentos.

*Paladeo los años que me quedan
y disfruto al salir cada mañana
libre como el velero en alta mar
feliz con el bagaje del recuerdo.*